



Idomeni, la esperanza inútil de los refugiados

UN AÑO DESPUÉS DE SU CIERRE, EL CAMPO DE REFUGIADOS GRIEGO, SÍMBOLO DE LA DESIDIA DE LA UE, ES UN VERTEDERO. DOS DEMANDANTES DE ASILO RECUERDAN AHORA LAS DURAS CONDICIONES DE VIDA DE LAS MILES DE PERSONAS QUE PASARON POR ALLÍ.

Ahmad y Mohammed eran amigos en Alepo. Salieron de Siria a finales de agosto de 2015, pero con unos días de diferencia, con destino a Turquía. Allí trabajaron varios meses para recoger el dinero que les permitiera pagar el viaje hasta Grecia y de ahí seguir con la ruta hacia Noruega, su sueño. Tenían noticias de la existencia del acuerdo entre el Gobierno turco y la Unión Europea, por el que todo inmigrante que llegara a las costas griegas sería deportado a Turquía, pero desconocían cuando iba a entrar en vigor. Un día de marzo de 2016, el tío de Ahmad le llamó para informarle de que el acuerdo entraría en vigor el domingo día 20. Cuando se enteraron, se apresuraron para conseguir el dinero que les faltaba para poder pagar a los traficantes de personas y subir en una barca de goma que



Por ANTONIO TRIVES

Periodista freelance en porCausa. Ha escrito para Univisión Desigualdad, Ahora Semanal, Público, eldiario.es, La Marea y tintaLibre. Está especializado en Derechos Humanos. Ha viajado a Grecia para escribir este reportaje. Las fotos son obra del autor.
@AntonioTrives

les llevaría a Grecia, junto a 60 personas más, adultos y niños. Un viaje por el que tuvieron que pagar 600 euros cada uno. Finalmente, y en su primer y último intento, consiguieron llegar a la isla griega de Samos la mañana del 19 de marzo de 2016.

Lo recuerdan ahora con una sonrisa de alivio, porque saben que, de haber retrasado la salida, su camino se habría acabado en aquel mismo instante. Durante hora y media navegaron por el Mediterráneo bajo una copiosa lluvia hasta que una embarcación de salvamento griego los rescató y los transportó hasta Samos. Una vez allí compraron el billete del ferry que los dejaría en Atenas. En la capital griega se subieron a un tren con destino Salónica, la segunda ciudad más importante de Grecia y más cercana a la frontera con Macedonia, a unos 70 kilómetros. Desconocedores de la situación que se encontrarían en el

campo de refugiados de Idomeni, tomaron un taxi desde esta ciudad hasta las afueras del pequeño municipio griego de Evzoni, la principal frontera entre el país heleno y la república macedonia.

Por delante, les quedaban algo más de seis kilómetros a pie para llegar a Idomeni, pequeña localidad griega y punto de paso hacia Macedonia. “No había pérdida, seguimos el rastro que iba dejando la gente y llegamos”, comenta Ahmad. “Fue duro. Estábamos cansados e íbamos cargados con las mochilas”, añade este joven de 21 años recordando los últimos kilómetros. Cuando entraron en el campamento se encontraron con 10.500 personas, según datos de ACNUR, que habían llegado antes que ellos con la misma idea de Europa y las mismas esperanzas. El pasado 24 de mayo se cumplía un año del desmantelamiento de este campamento, un día en el que



A la izquierda, restos del campo de Idomeni en la actualidad. Arriba, cuando aún estaba habitado por refugiados. / A. T. / EFE

las pocas ilusiones que mantenían, tras meses de espera frente a la valla, se esfumaron.

Idomeni es sin duda el nombre propio de la detenida ruta de las personas en busca de refugio en Europa. No lo fue hasta que el 28 de noviembre de 2015 la Antigua República Yugoslava de Macedonia comenzara a instalar una valla con concertinas en la misma zona por la que habían pasado 507.745 personas desde el 1 de septiembre, según datos de ACNUR. Este enclave fronterizo dejó de ser una vía de paso para convertirse en un embudo para miles de solicitantes de asilo procedentes de Siria, Irak, Afganistán, Pakistán y Palestina.

Ahmad era estudiante y Mohammed, enfermero en un hospital en Alepo hasta que una bomba lo destruyó. Pudo sobrevivir porque no trabajó ese día. Ahora recuerdan lo que se encontraron tras esta última etapa hacia Idomeni y las dificultades de vivir en una tienda de campaña. “Cuando llovía parecía que estuvieras navegando”, comenta Ahmad. “Nunca me hubiese imaginado que viviría en un sitio como éste”, añade. No olvida las horas que tenía que pasar en una cola para coger algo de comida o para ir al baño. “Estaba en shock cuando llegué a Idomeni. La gente se peleaba por comida y leche”, rememora Abdelilah, otro joven sirio que continúa esperando en Grecia. “Pensaba que lo peor era cruzar el mar, pero estaba equivocado. Fue Idomeni. Daba la sensación de estar en otro siglo, no en el XXI”.

Una joven siria de 17 años, que llegó con su familia, recuerda que sus anhelos por en-

contrar una nueva vida, lejos de la guerra, quedaron destruidos. “Pensamos que estaríamos unos días, que abrirían la frontera. Pero cuando nos comunicaron que nunca lo harían, perdimos toda la esperanza”, explica. A finales de marzo, y más de un año después de su llegada a Grecia, les comunicaron que Francia sería el país que los acogería, aunque siguen sin saber cuándo les permitirán viajar.

“El campamento era un mar de tiendas en medio de un barrizal, cubierto de un humo irrespirable, era imposible no llorar al ver aquello”, recuerda Gema Carrasco, que llegó como voluntaria independiente. “Idomeni fue el reflejo de la inhumanidad de las políticas europeas”.

Los restos de las esperanzas de los refugiados siguen ahí, un año después, en la última ruta, como si el tiempo no hubiese pasado ni las personas trasladadas a otros campamentos. Poco se tarda en sentir ese ambiente. Tras dejar atrás la gasolinera de Evzoni, y a los pocos metros de iniciar la marcha, nace una carretera de estrecho arcén y cuneta que desemboca en un terraplén. Hace falta unos pocos minutos de caminata para, tras la barrera de protección, toparse con una manta gris semienterrada de ACNUR. Ofrece la primera pista, como comentaba Ahmad, de haber tomado el camino correcto. A pocos metros, un saco de dormir y junto a él, unos cepillos de dientes. Prendas de vestir, calzado y restos de envases de comida confirman que es el camino a Idomeni. El silencioso entorno se rompe por la ruidosa y atronadora cantidad de enseres personales que forman parte del camino. Estos restos ayudan a imaginar los miles de niños, jóvenes y adultos que desfilaron por allí y dejaron sus pertenencias, y su futuro, enterradas en ese lugar.

La carretera continúa, pero unas zapatillas sirven de indicativo para dejar el asfalto y adentrarse en un camino de barro que se topa con las vías del tren. Unas camisetas,

pantalones y otras prendas de vestir de bebé van marcando el camino que desemboca en un pequeño arbolado, junto a las vías del tren, custodiado por frondosos arbustos. En él, a los pies de árboles finos y de hoja caduca, varias tiendas de campaña destrozadas dejan al descubierto lo que fue durante meses el hábitat de personas en busca de un futuro. Las hojas secas y la arena se posan sobre los colchones, almohadas, mochilas, mantas y enseres que aún yacen un año después, igual que las más de 60.000 personas que, según la Comisión Europea, continúan en Grecia esperando una respuesta.

ESPERANDO EN GRECIA

De vuelta al camino, una plantación agrícola obliga a subir a las vías del tren, que discurren de forma paralela. Lo que podría ser un simple tren viejo y oxidado, antes de llegar a la estación de Idomeni -y a escasos 200 metros de la valla fronteriza- parece el escenario de una cruda realidad monopolizada por la ausencia de condiciones dignas de vida. En uno de los vagones, de madera y para transportar mercancías, dos colchones sobre las tablas ocupan la mitad del habitáculo. Ni rastro de mantas ni sacos de dormir. Tan sólo botellas de agua y latas de conservas vacías. El vagón de la cabeza, de pasajeros, tiene casi todos los respaldos arrancados y colocados de forma horizontal. Allí contaban con la triste ventaja, respecto a los que vivieron en el campamento, de estar resguardados de la lluvia y el viento. Camisetas, pantalones, ropa interior, ropa de bebé, documentos, comida, pañales y envases siguen ahí, a lo largo del pasillo del vagón.

Cerca de la estación de tren se levanta la doble valla de tres metros que desde hace un año ha convertido Idomeni en el tapón de Europa y a Grecia en un no lugar para miles de personas. Esto es, un espacio de estancia indefinida en el que carecen del control de su futuro, de una vida digna y del derecho ➤➤

Idomeni se convirtió en un embudo cuando Macedonia colocó vallas en el mismo lugar por el que habían cruzado en unos meses 500.000 personas

» a moverse libremente por el mero hecho de proceder de otro país. Las concertinas apuntalan la base y encabezan la valla. Tras ella, no sólo está la policía de Macedonia, la acompañan dos agentes austriacos, con uniforme de su país. No confirman si pertenecen al equipo de FRONTEX (la agencia europea de control de las fronteras), pero sí que hay más policías de otros países. El *checkpoint*, punto de registro y paso fronterizo para personas, no ha sido desmontado todavía. Durante los primeros meses del año pasado, las personas en búsqueda de refugio tomaban un número y esperaban a que les tocara su turno. Cada día sólo pasaban entre 50 y 100 personas. Después cambiaron el sistema y determinaron que funcionaría por orden de llegada y registro en Grecia, hasta que la entrada en vigor del acuerdo de la UE y Turquía puso el candado definitivo.

SUMIDOS EN LA DESESPERACIÓN

Un año después del desmantelamiento del campamento, una montaña artificial aparece frente a la valla fronteriza, triplicando su altura. Todas las tiendas de campaña en las que malvivieron durante meses los solicitantes de asilo, los sacos de dormir para resguardarse del frío, los plásticos para protegerse de la lluvia, sillas, colchones, ropa, cajas, carritos de niño y maderas se amontonan a lo largo de decenas de metros. “Tú ves mucha mierda, pero eso es el espejo de la inhumanidad de las autoridades, aunque también la unidad de mucha gente que trabajó para dotarles de la dignidad que los gobiernos no ofrecían”, valora la voluntaria Gema Carrasco.

El desmantelamiento del campamento fue un mazazo para el ya deteriorado estado de ánimo de los solicitantes de asilo al comprobar que les alejaban de la frontera y les abocaban a una eterna espera. Ahmad y Mohammed viven en uno de los campamentos a las afueras de Salónica. Poco o nada pueden hacer. Tan sólo esperar día tras día, con la misma rutina, a que la oficina de asilo griego les llame para informarles de cuál será la próxima entrevista. “Estoy muy cansado, llevo un año aquí”, confiesa Mohammed con



En la imagen, paso fronterizo que separa Macedonia de Grecia.

apatía y desilusión. “No le digo a mi familia la verdad, les comento que aquí estoy bien, porque en Siria la situación es muy mala y no quiero darles una preocupación más”, cuenta Ahmad en el contenedor en el que vive junto a su amigo.

Fotimi Kelektoglou es coordinadora de emergencias del norte de Grecia de la ONG griega Praksis que, entre otras tareas, aporta apoyo psicológico a los refugiados. “En Idomeni teníamos diferentes personas. Por un lado, aquellos que estaban cansados pero, con la frontera cerca, no habían perdido todas las esperanzas confiando en que algún día les permitirían continuar. Por otro lado, gente con mucha rabia, que desembocaba en violencia por el cierre de las fronteras, lo cual causaba grandes procesos de estrés”.

Impedir que continúen su viaje con libertad, obligarles a esperar desde hace más de un año y no ser dueños de su futuro les está provocando fuertes procesos de estrés, excitación y depresión. A todo ello hay que unir el dolor que ya traen consigo por la pér-

dida de familiares en la guerra y de todas sus pertenencias, según explica Fotimi. Jóvenes como Ahmad y Mohammed, adolescentes, niños, adultos y ancianos sufren estas consecuencias.

Según los últimos datos de la Unión Europea, de las 63.302 personas que los Estados miembros se comprometieron a reubicar desde Grecia sólo han acogido a 11.339. El acuerdo está muy lejos de alcanzarse, el plazo se cumple en septiembre de este año y sólo se ha cumplido el 18%. El compromiso de España es acoger 6.647 solicitantes de asilo procedentes de Grecia, aunque hasta la fecha sólo han llegado 742, un 11%.

Los restos de prendas de vestir, sacos de dormir y tiendas de campaña alojadas en la cuneta y amontonados en la frontera es, en sí, el cuadro y el reflejo de la situación de miles de solicitantes de asilo, varados desde hace más de un año a la espera del cumplimiento de acogida de los Estados europeos. La última ruta no les llevó a un lugar digno para empezar una nueva vida. ♦

LE DAMOS LA VUELTA AL MUNDO



MONDE en español diplomatique

PARA COMPRENDER EL MUNDO

Periódico mensual de análisis e información internacional
www.monde-diplomatique.es